

A mi rabel esta fortuna debo;
 Y no le trocaría
 Por la dorada cítara de Febo.
 ¡Quan feliz y durable
 Desde ahora será, quan envidiable
 De nuestras voces y almas la armonía,
 Si me permites que ose
 Llámarme tuyo al fin, llámarte mía!..”
 Así dixo Salicio;
 Y la bella Zagala sonrióse.
 El cariño mas sincero y propicio
 Se divisó pintado en su semblante:
 En el del fino amante
 Se asomaba la dulce confianza;
 Y ajenos de artificio,
 Desden, olvido, zelos, ó mudanza,
 Se encaminan gozosos á la aldéa
 Salicio juntamente y su Criséa.

ARGUMENTO DEL CANTO TERCERO.

Dignidad y usos de la Música;
 — y especialmente el que tiene en el templo.

Introduccion de este Canto. I. Exposicion general de las prerogativas del arte músico; y division de sus varios usos en quatro clases, considerándole empleado en el templo, en el teatro, en la sociedad, y en la soledad ó retiro.

II. La Música usada en el templo por naciones antiguas y modernas. III. Carácter del canto llano. IV. Carácter del canto figurado. V. Carácter del canto de órgano. VI. Calidades de las voces humanas que componen el coro eclésiástico. VII. De los instrumentos usados en él, y principalmente del órgano. VIII. De los géneros de Música que se estiman en el templo, como alegre, deprecatorio, triste; y de las cantadas, villancicos y oratorios. IX. Nómbranse algunos famosos Compositores Españoles antiguos. Descripcion de una oposicion, segun hoy se practica en la capilla del Rei; insinuando de paso quáles son las circunstancias que constituyen la buena execucion instrumental. X. Exhortacion á los Jóvenes aplicados á la Música.

LA MÚSICA,

OFRENDA Y SACRIFICIO

HACE A LA RELIGION DE SUS INVENTOS

EN EL USO DE VOCES E INSTRUMENTOS.

CANTO TERCERO.

V Osotros, ó Censores
Orgullosos y adustos,
Jueces tan insensibles como injustos,
Que el tesoro de músicos primores
Sólo miráis como recreo fútil,
Humilde profesion, y ciencia inútil,
Si acaso no os contiene
El fundado temor de que condene
El orbe entero vuestro juicio vano,
Y abatir presumís un ejercicio
En que el ingenio y corazon humano
Hallan deleite unido al artificio,
Aprended en mis versos
Cuál es su dignidad y usos diversos.

I. Bien cifrarse podría
La calificacion de su nobleza
Sólo en aquella estrecha simpatía

Que

Que impuso la sagaz Naturaleza
Entre todo viviente y la harmonia.
¿Acaso limitó su dulce imperio
A una sola nacion á un siglo solo?
Del uno al otro polo
Uno y otro hemisferio
Vasallage la rinden, y en la historia
Se pierde por antigua su memoria.
Aun antes que invencion humana fuera,
Innato don de los mortales era,
Como el de la palabra;
Pues si hallamos tal vez fiero habitante
Que la tierra no labra,
Que no pinta, ni esculpe, ni edifica,
No escribe, ni navega, ni trafica,
¿En dónde le hallaremos que no cante?
¿Qué rústico ignorante
Sus fáciles canciones no acompaña
Sin que reglas le den para que taña?
¿Que niño no serena
Las lágrimas y el ceño,
O no concilia el sueño
Al son de la uniforme cantilena?
Y en fin ¿porqué con hombres atestigo,
Si los mismos cuadrúpedos, los peces,
Si aun los insectos viles tantas veces
Indicio nos han dado nada ambiguo

De

De que los embelesan
 Los tonos de la Música süaves;
 Y la tienen las aves
 Mas que mera aficion, pues la profesan?
 Pero aunque la admirable melodía
 A la Naturaleza no debiera
 Tan alta aprobacion y patrocinio,
 La sabia antigüedad defendería
 A todo el que la estudia y la venera.
 Sujetos al dominio
 De las gratas cadencias musicales
 Los Príncipes supremos,
 Legisladores, fuertes Generales,
 Y severos Filósofos veremos.
 Veremos que la Grecia
 Al insigne Temístocles desprecia,
 Porque ignora el manejo
 De la lira: que Sócrates, ya viejo,
 Los rudimentos de pulsarla aprende:
 Que sus afanes bélicos suspende
 El Hijo de Peléo
 Para hallar en la cítara recreo:
 Y nombre de divina á competencia
 Recibe aquella ciencia
 De Babilonios, Persas, Chinos, Tirios,
 Egipcios, Celtas, Arabes y Asirios.
 No fué capricho necio

De

De aquellas antiquísimas naciones,
 Ni lo es en las modernas, el aprecio
 Con que la han distinguido
 Entre las mas ilustres profesiones.
 Este sublime honor la era debido
 Por ingeniosa, por amena y varia,
 Y aun por util tambien y necesaria;
 Pues si al hombre es precisa y conveniente
 La diversion honesta,
 ¿Qual pudiera elegir más inocente?
 La de Baco, Dïana, y el Dios ciego
 No pocas veces cuesta
 La salud, ó la fama, ó el sosiego:
 Nos cansa el baile, nos destruye el juego;
 El músico placer ni mortifica,
 Ni ocasiona inquietud, ni perjudica;
 Alimenta el ingenio,
 Al mismo entendimiento satisface,
 La fantasía excita, y al fin, hace
 Sensible el corazon, docil el genio.
 ¡Felices los que gocen
 Las delicias de este arte, si conocen
 Los bienes que él encierra!... Mas ya admiro,
 Entre sus principales usos, quatro:
 En el templo, en el público teatro,
 En sociedad privada, en el retiro.
 A mayor canto aspiro;

Y

Y ya el nuevo argumento
Parece que me infunde nuevo aliento.

II. Pues ¿quién de la armonía
Que conviene al Santuario
Pintar el artificio emprendería
Sin un impulso casi tèmerrario?
¿Quien citar los antiguos exemplares
De pueblos infinitos
Que la honraron cercana á los altares?
Dieron con ella á los solemnes ritos
Autoridad las Religiones todas,
En fiestas, natalicios, funerales,
Sacrificios y bodas,
O implorando en los males
Las piedades del Cielo,
O aplaudiendo sus bienes y favores,
Y pregonando con ardiente zelo
De su gloria y grandeza los loores.
Así en Mémphis con tímpanos y sistros
A Osíris celebraban sus Ministros;
Con sus harpas al Sol los Magos Persas;
Los adustos Bracmanes á la Aurora;
Y con la union sonora
De flautas y de cítaras diversas
Tantas naciones á los Dioses Griegos
Ofrecían sus cánticos y ruegos.

Y

Y tú, pueblo escogido,
De santa Religion perfecto exemplo.
Tambien de santa Música lo has sido.
De Salomon en el inmenso templo
Al acorde ruído
De címbalos, kinores,
Hazures, y nebeles,
Unido á centenares de Cantores.
A Jehová rendiste obsequios fieles.
Hoi este culto mismo
Imita el fervoroso Christianismo,
Que instrumentos y voces
Consagra al Redentor que desconoces.

III. De los tres cantos que á este fin emplea,

El que se dice llano,
Coral, ó Gregoriano,
Es por su magestad el mas conforme
A un sagrado lugar, y se solféa
Con melodía simple y uniforme.
Por intervalos fáciles procede
Que séan entre sí poco distantes,
Y consentir no puede
Figuras en valor desemejantes.
De la propia manera
La natural escala
Del género diatónico no altera;

Y

Y el movimiento iguala,
 Por establecimiento necesario,
 Con la medida del compas binario.
 Sólo de aires varía
 Segun pide lo clásico del día:
 Y pues á cinco se reducen tódos,
 Tambien de cinco modos
 Son las festividades
 A que aplica estas cinco variedades.
 Enfin, su canturía
 De los grados y límites del tono
 Fundamental apénas se extravía;
 Y el perpetuo unisono
 Sencillo y grave es toda su armonía.

IV Pero otra novedad, otras licencias
 Tiene el canto que llaman figurado;
 Y aunque siempre el dechado
 Del canto llano copia,
 Con mas ornatos borda sus cadencias.
 Así las diferencias
 De binario y ternario
 A su compas apropia;
 Así tambien le parte de ordinario
 En notas de diversas duraciones,
 Siguiendo de la letra el ritmo vario.

V.

V. Quantas combinaciones
 Caben en la armonía y melodía,
 Tantas el canto de órgano permite.
 Allí la sinfonía
 Instrumental con la vocal compite:
 Allí la sencillez del canto llano
 Distintos grados de expresion adquiere,
 Sin que se le adultere
 Con todos los adornos del profano,
 Y ¿qué discurso humano
 Sujetará á preceptos la prudencia
 Que hace de ambos estilos diferencia?
 No es obra, nó, del hombre: le ilumina,
 Sin duda el mismo cielo
 A quien el canto sacro se destina;
 Y la imaginacion, que le arrebatá
 Con remontado vuelo
 A los eternos y sublimes coros,
 Al vivo le retrata
 Los conciertos sonoros
 Que tal vez nos figura
 Con sus mudos colores la Pintura,
 ;O divino furor, mas verdadero
 Que el que inspiraba á Homero,
 A Píndaro y Virgilio!
 Sólo tú al gran Basilio,
 Y á Juan el Damasceno en el Oriente,

A

A Ambrosio y á Gregorio en Occidente
Dictaste graves cantos
Que resonaron en los templos santos.

VI. Mas como el hombre anhela novedades,
Y á la Música han dado las edades,
Si nó mas expresion, mas artificio,
Ofrenda y sacrificio
Hace á la Religion de sus inventos
En el uso de voces é instrumentos.
Hai, entre aquéllas, quatro principales
De diversos alcances, y metales:
El tiple, yá primero, yá segundo,
Esté tres puntos mas que aquél profundo;
El contralto perfecto, que se extiende
Tres grados mas abaxo;
El tenor, que descende
Todavía otros tres; y al fin el baxo;
Siendo todos los puntos veinte y siete
Desde el mas grave al mas agudo tono,
Y excluyéndose de ellos el falsete.
Entre el baxo y tenor canta el baxete,
Llamado baritono:
Hai tiple y hai tenor acontraltado;
Contralto atenorado, y atiplado;
Sin que precisas en el canto sean
Las voces que á este modo bastardéan.

Toléranse mejor en el teatro;
Pero, como legítimas, el templo
Sólo debe admitir aquellas quatro.
Ni hallarán símil que tan bien le quadre
Como el de una familia: el baxo es padre,
Es anciano, que dándolas exemplo,
Con madurez las rige y las contiene:
El juicioso tenor, á quien el nombre
De hijo mayor conviene,
En gravedad le imita
Con la moderacion propia de un hombre:
Piérdela como jóven el contralto;
Y semejante á un niño el tiple, ó alto,
Inquieto corre, salta, juega y grita.
Exige la agradable union del coro
Que se guarde el carácter y decoro
Propio de cada voz. Quien los olvida,
Quien sin causa las fuerza, y las invierte,
Yerra, no de otra suerte
Que el Escritor que de observar no cuida
Las varias propiedades
Que inseparables son de las edades;
Pues en esta familia el desgobierno
Se introduce, si el baxo contraltéa,
O el tiple tenoréa,
Y no se impide que los hijos roben
El oficio paterno,

(58)
Y el padre se desmante como jóven.

VII. Los instrumentos que á la voz auxilian,
Y con ella se alternan y concilian,
Son en la mayor parte seculares;
Mas del templo hai algunos peculiares,
Como el harpa y baxon, que ha reservado
El uso para el cántico sagrado.
Cada qual un elogio me debiera,
Si toda la atencion no me llamara,
Aquél á quien ninguno se compara,
Que por noble y perfecto
Desde remotos siglos se venera,
Y que para el santuario ha sido electo.
El órgano, en efecto,
Debió aplicarse á fin tan soberano,
Como obra superior del arte humano.
Las voces de una orquesta numerosa
Se compendian en él, baxo la mano
De un solo Executor. La magestuosa,
La alegre, ó melancólica harmonía
Cabe en aquella máquina grandiosa
Con que todo se expresa, y se varía
En tono yá ruidoso y corpulento,
Ya apagado y süave,
Suelto, ligado, presuroso, lento,
Desde lo mas agudo á lo mas grave.

Actu-

(59)
Acumular posturas puede el clave;
Mas las voces en él no se sostienen.
El oboé, trompa y flauta, aunque resuenen
Dando todó el valor á las figuras,
No permiten harmónicas posturas.
Los instrumentos de arco algunas tienen,
Y prolongan los sonos,
Pero con limitados diapasones;
Pues no hai tiple en violon, ni en contrabaxo,
Ni en la viola ó violin perfecto baxo.
El órgano es el único instrumento
Que en ventajas excede
A los varios de cuerda, á los de aliento,
Y en todos ellos transformarse puede.
Así con fabulosa alegoría
Pintaron los antiguos á Protéo,
Que en gigante, ó pigmeo,
En pez, en ave, en flor se convertía.

VIII. De las humanas voces naturales
Y las instrumentales
Se forma aquella masa de harmonía,
Que usada qual se debe,
De tres modos los ánimos conmueve;
Pues yá alegre en un himno, en una Gloria
Los ánimos exálta y vivifica;
O yá deprecatoria
En

En los tiernos motetes edifica;
 O lamentable, enfin, nos entristece,
 Como en aquellos trenos del Profeta
 Que de Sion la ruina compadece.

Y aun tal vez ayudado del Poeta
 Que inventa letras en vulgar idioma,
 La libertad el Músico se toma
 De amenizar algun sagrado asunto
 Con ingenioso y vario contrapunto;
 E introduce en el templo
 Cantadas, villancicos y oratorios,
 Cuyos diversos géneros contemplo
 Como al canto eclesiástico accesorios;
 Pues aunque en él por gala se permitan,
 Siempre el estilo teatral imitan.

IX. Mas entre las naciones
 Que por varios caminos
 Del arte apuran hoy las invenciones
 Empleadas en cánticos divinos,
 ¡O cuánto sobresaes,
 Antigua Iglesia Hispana!
 No es ya mi canto, nó, quien te celebra,
 Sino las mismas obras inmortales
 De Patiño, Roldan, García, Viana,
 De Guerrero, Victoria, Ruiz, Morales,
 De Lóteres, San Juan, Duron y Nebra.

¡Con

¡Con cuánto zelo expendes tus caudales
 En proteger insignes Profesores!
 Y ¡con cuánto rigor, pulso y cordura
 En tu devoto gremio se procura
 La acertada eleccion de Executores!

Bien señaladamente lo acredita
 El solemne y severo
 Instrumental éxámen
 A que se expone en público certámen
 Quien ganar solicita
 En la capilla del Monarca Ibero
 Merecido lugar. Allí presiden
 Cinco peritos Jueces que deciden,
 Formándose auditorio numeroso
 Del mero Aficionado,
 Del docto Profesor, y del Curioso.
 Priméro, estimulado
 Del honor que las artes alimenta,
 Cada ingenioso Tocador ostenta
 Su habilidad con obra de pensado.
 Aun á pesar del reverente susto
 Que aquel lugar infunde,
 Y que á los mas intrépidos confunde,
 Se admira la agradable competencia
 De la expresion, la agilidad y el gusto.
 Reúnese en el órgano la ciencia
 De la docta harmonía

Con

Con la graciosa y varia fantasía;
 En instrumentos de arco, el tono claro
 (Don tan indispensable como raro)
 Con el de herir la cuerda
 Sin que sueñe madera, pez, ni cerda;
 Y apláudese, por fin, en los de aliento
 La firme embocadura,
 La flexibilidad, y la blandura,
 Que nada embidían al humano acento.
 Pero aquel tribunal no sólo exige
 Que cada qual aspire al lucimiento
 Con la sonata que á su arbitrio elige,
 Sinó que en ótra nueva
 Hace de tódos repentina prueba.
 En el crítico día, en el instante
 Que á los Competidores se señala,
 De reclusion les sirve una gran sala,
 De la palestra música distante;
 Y así llegar no puede
 A oídos del que allí su turno espera
 Ni aun el eco siquiera
 De los pasos que toca el que precede.
 Por su órden cada uno se presenta,
 Aunque el grave concurso le intimide,
 Tambien la honrada emulacion le alienta:
 Y entanto que un relox puntual le mide
 La duodécima parte de una hora,

Los

Los caracteres mira
 De la sonata cuyo estilo ignora.
 Ya el justo plazo expira:
 Ya calla el circo: suena el instrumento;
 Y el musical juzgado observa atento,
 Mas si al congreso todo
 Agrada y embelesa
 El arduo desempeño de la empresa,
 Le inquieta y sobresalta en algun modo;
 Porque la diestra execucion requiere
 Tal firmeza y acierto, que al oído
 No se puede obligar á que tolere
 La correccion mas leve en un descuido.
 Nunca el Pintor sus obras aventura,
 Si antes con libertad no las retoca:
 El mas sabio Orador, si por ventura,
 Pronunciando un vocablo, se equivoca,
 Sin vergüenza se enmienda al mismo instante;
 Y aun el vulgo concede
 Al Cómico licencia semejante.
 Sólo gozar no puede
 Este comun permiso
 Quien toca de pensado, ú de improviso.
 ¡Tan fácil es caer en desagrado
 Del sentido mas pronto y delicado!
 Los rígidos Censores que allí votan
 De cada Opositor las culpas notan:

Si

Si el aliento le falta,
 Si el arco se retarda, tiembla, ó salta;
 Si un poco desafina, ó si convierte
 En suelto lo ligado, en piano el fuerte.

Y aun con tan serio y repetido éxamen
 A exponer no se atreven su dictámen,
 Mientras el Profesor no manifiesta
 Igual manejo en la completa orquesta.
 ¡Con qué discernimiento
 Juzgan allí los prácticos del arte
 Quién desempeña con primor su parte,
 Quién de la union de tódas cuida atento,
 Quien da á los aires justo movimiento
 Con mas seguridad, ó mas soltura,
 Mas expresion, espíritu, ó cordura!
 Y si en la posesion del instrumento
 Su esmerada destreza se exámina,
 Tambien sobre la teórica doctrina
 Se les proponen sólidas quéstiones,
 A que han de dar fundadas soluciones:
 Porque en muchos la Música no es ciencia;
 Sí fruto de mecánica experiencia.

X. Así el mas digno del honroso premio
 Con equidad se elige y con decoro:
 Así prospera y sobresale el gremio
 De los Instrumentistas de aquel coro.

Aspi-

Aspirad, con tan faustos exemplares,
 Al laurel, ó Mancebos estudiosos;
 Y haced que del humilde Manzanáres
 Séan el Po y el Tiber envidiosos.
 Ved quan excelso Príncipe os anima:

El mismo que algun dia al Reino Hesperio
 Ilustrará con su glorioso imperio,

Sí: CARLOS os protexe, y os estima;

Y aunque noble no fuese la carrera
 Que seguís, él por sí la ennobleciera,

Mientras del arte de mandar que aprende

Las taréas suspende,

Y uniendo con el gusto la pericia,

Sabe sentir la música delicia,

El sonoro instrumento no desdeña,

Os dirige, os aplaude, y os enseña.

Y si á los lados del paterno trono

Hoi ve las ciencias y las artes bellas,

Quando de todas llegué á ser Patrono,

Hará lugar á la Harmonía entre ellas.

AR-